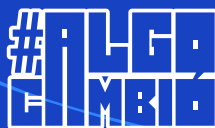
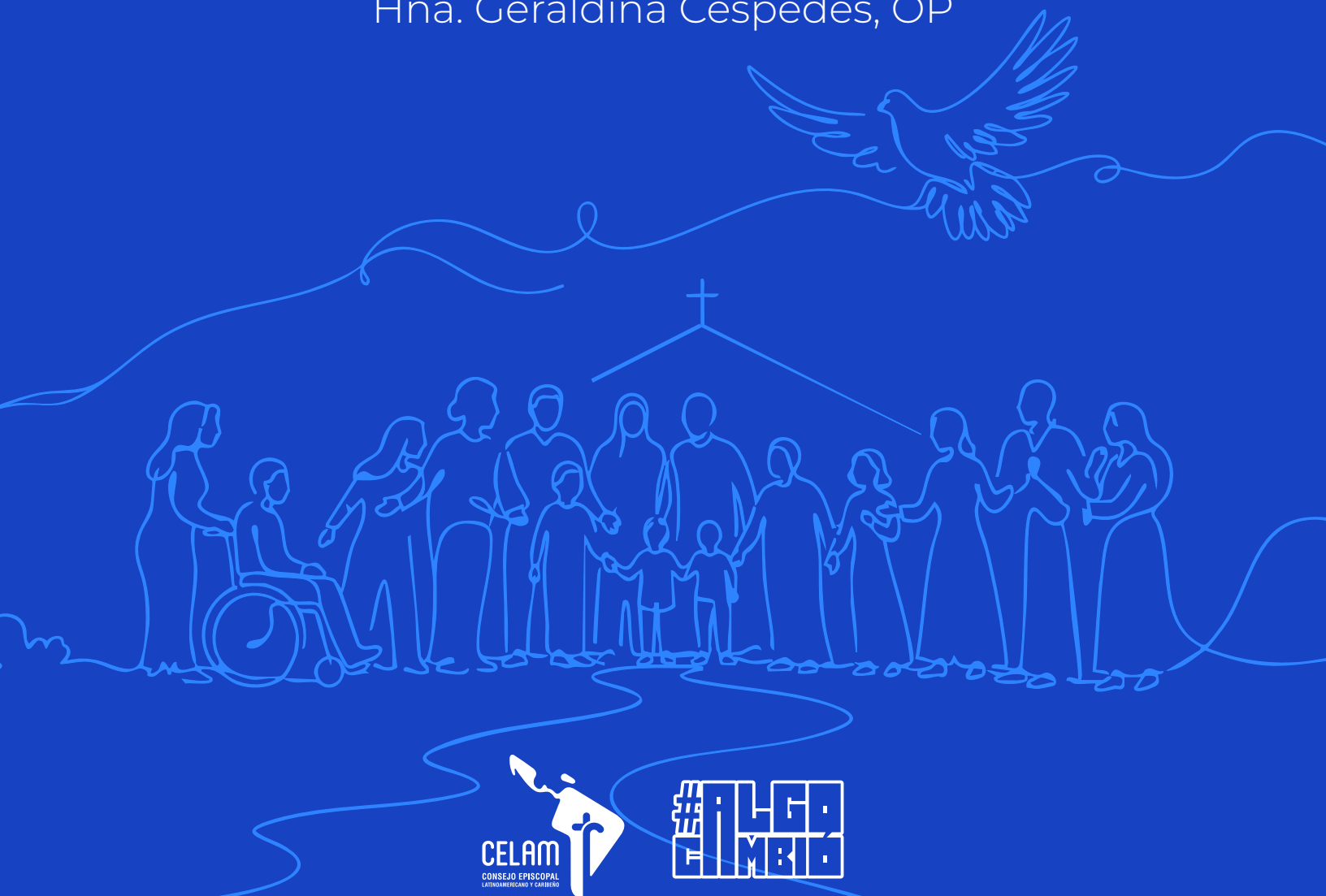


CICLO ESPIRITUALIDAD SINODAL

3

SINODALIDAD: UNA ESPIRITUALIDAD DE LA INCLUSIÓN

Hna. Geraldina Céspedes, OP





Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)

Centro para la Comunicación (CPC)

Hna. Geraldina Céspedes, OP

Avenida Boyacá No. 169D-75

Código Postal 111166

PBX: 601 484 5804

www.celam.org

Bogotá D.C., Colombia

Agosto, 2026





Hna. Geraldina Céspedes, OP

Doctora en Teología Sistemática por la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Profesora de Teología en la Universidad Rafael Landívar de Guatemala y profesora invitada en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) del Salvador y en la Universidad de Chiapas. Cofundadora del Núcleo Mujeres y Teología de Guatemala y miembro de la red continental Amerindia. Forma parte del Consejo de Dirección de la Asociación de Teólogas y Teólogos del Tercer Mundo (ASETT) y del Sector Interreligioso Centinelas.



Presentación

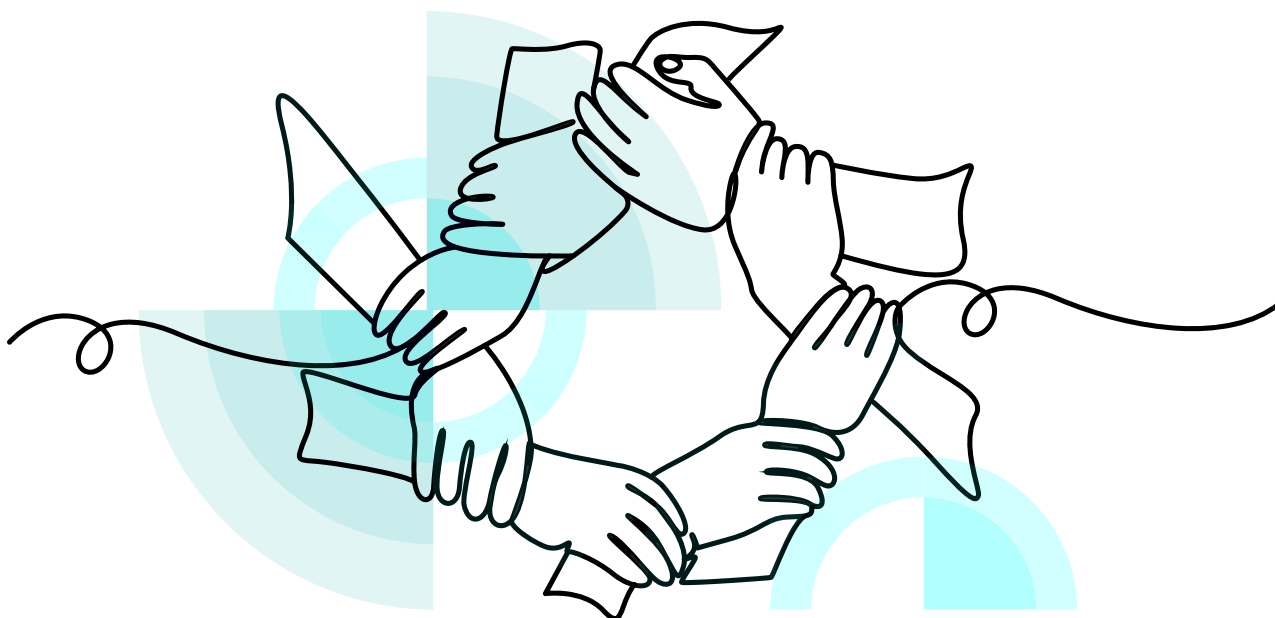
El proceso sinodal ha de desembocar en unas prácticas eclesiales y en estilos relacionales marcados por la inclusión de los diversos rostros, experiencias y realidades que están presentes en la vida de la Iglesia y de los pueblos.

Nuestro sueño es que la sinodalidad no sea un tema o un proceso al que dedicamos unos años, sino que ella llegue a permearnos de tal manera que se convierta en nuestro estilo de vida. Pero para que la sinodalidad llegue a ser nuestro modo habitual de proceder como personas y como comunidad eclesial, necesitamos un serio trabajo interior de conversión de nuestra mirada, de nuestras visiones y del corazón. Esta tarea no la podemos llevar a cabo si no es bajo la guía y la escucha del Espíritu. En este sentido, la sinodalidad es, ante todo una práctica espiritual, es decir, un caminar según el Espíritu.

Es decir, la sinodalidad no puede ser "lo que está de moda", como si fuera "el vestido de temporada" que nos ponemos en una estación de la vida de la Iglesia, sino que ha de constituir aquello de lo que nos revestimos por dentro. Por eso, la sinodalidad ha de empezar por una conversión del corazón, en el sentido de un cambio de rumbo y una reorientación de nuestro camino y de la forma de caminar como Iglesia.

Planteamos una espiritualidad de la inclusión porque podríamos afirmar que el quid del proceso sinodal es la inclusión. Lo que está en juego no es otra cosa que "ensanchar la tienda" para que otros y otras tengan cabida y participen en pie de igualdad en el acontecer de la vida eclesial.

1. Atrevern timer a hacer ejercicios de sinceración



Para encaminarnos a un proceso de conversión sinodal desde la perspectiva de la inclusión, lo primero que nos toca hacer es un reconocimiento y análisis de las distintas formas en que se manifiesta la exclusión en nuestra vida como personas y como comunidad eclesial.

Hablar de una “espiritualidad de la inclusión” puede llevarnos a tocar un cable de alta tensión porque vivimos en medio de un mundo marcado por distintas formas de exclusión y descarte que niegan la dignidad y los derechos de las personas y que llevan, incluso, a la muerte. Pero esta realidad de exclusión por múltiples



motivos, no es una cuestión ajena a nuestra institución eclesial, en la que (ya sea de forma abierta o solapada, consciente o inconsciente) se dan exclusiones que tienen de fondo que aún no hemos alcanzado una conversión profunda del sexismo, el racismo, el clasismo, el clericalismo, el capacitismo, la homofobia, el antropocentrismo androcéntrico, el edadismo, entre otros.

Es por eso que consideramos que el primer paso para encaminarnos a una Iglesia sinodal, ha de comenzar por limpiarnos la mirada para ver con objetividad y transparencia cuál es nuestro estado de salud sinodal y qué tipo de prácticas excluyentes todavía se dan en el día a día de nuestra vida eclesial y a la hora de hacer elecciones y toma de decisiones.

Este ejercicio de sinceración y transparencia puede resultarnos, a veces, incómodo y hasta perturbador, pero es la condición indispensable para poder cimentar la sinodalidad sobre roca firme y no sobre arenas movedizas (cf. Mt 7, 24-27). Sin partir de esa mirada honesta a la nuestra realidad intraeclesial, la sinodalidad se quedará en el aire y las acciones que nos propongamos serán poco concretas o insignificantes.

La espiritualidad sinodal exige partir de la realidad, no para idealizarla e hinchar los datos ni tampoco para desanimarnos con nuestras grietas y zonas oscuras, sino para contemplarla con los ojos del Dios compasivo, que nos invita a asumir nuestro barro y siempre nos tiende la mano para empezar a dar pasos para transformarla. Esta mirada contemplativa, honesta y compasiva es el punto de partida que nos hará soñar nuevos sueños sinodales y abrir nuevos caminos o desandar el camino andado para cambiar nuestra manera de senti-pensar, actuar y organizarnos como Iglesia.

2 . En la tienda de la inclusión hay espacio para todos y todas



Cuando el corazón está abierto y es grande, hay cabida para mucha y diversa gente. La disposición básica para la sinodalidad es la apertura como esa actitud primordial que nos puede configurar como personas sabias. Como afirma la hermana Joan Chittister, "la apertura es la puerta por donde entra la sabiduría y comienza la contemplación".

La sinodalidad es una invitación espiritual a ensanchar el corazón, a hacer espacio para que tengan cabida muchas otras personas,



experiencias, realidades. Lejos de un corazón encogido y replegado, la sinodalidad nos invita a ensanchar y a desplegar los espacios. Las palabras del profeta Isaías nos iluminan y nos ayudan a comprender bien cuál es la tarea en la que tenemos que empeñarnos en este proceso sinodal: "Ensancha el espacio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas, no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas" (Is 54, 2).

La tienda de la sinodalidad ha de ser una tienda incluyente, donde hay espacio para todos y todas. La espiritualidad sinodal nos desafía a cultivarnos internamente como personas y como una comunidad eclesial realmente abierta e incluyente.

Solo desde una fuerte espiritualidad de la inclusión podemos abrirnos a acoger, valorar y cuidar a todas las personas y a todas las criaturas que habitamos la casa común. La espiritualidad de la inclusión, vivida y practicada primero en el seno de la comunidad eclesial, puede ser la levadura que podrá fermentar los anhelos de inclusión en la sociedad.

Este principio de la inclusión como un eje transversal de nuestras prácticas, nuestros lenguajes, símbolos, liturgias, opciones y decisiones, sería el camino para tejer la convivencialidad como el sueño de una comunidad sin fronteras y sin muros, donde se teje la comunión y se crean espacios de acogida y encuentro. Es decir, espacios de vida y espacios de paz.

3 . Sentido de interconexión e interdependencia



A la práctica de la inclusión y al ensanchamiento de nuestra tienda no se puede llegar si en el fondo no hay algo más profundo que nos ponga en movimiento y haga fluir las prácticas incluyentes. Eso que ha de estar en la raíz, ha de ser la conciencia de que, como dice Martín Valmaseda, "todos somos uno" ; la convicción de que, como afirma el cantautor argentino Axel, "somos tan distintos e iguales..., todos somos uno con los demás".

Desde un fuerte sentido de interconexión con todos y con todo, podemos desplegar una espiritualidad de parentesco, sintiéndo-



nos parte activa y corresponsable de una misma familia humana. Y es desde esa espiritualidad de sentirnos interconectados que podemos gestionar mejor la unidad en la diversidad. En la práctica, eso nos llevará a preocuparnos por el cuidado de todas las personas, todos los grupos y todos los territorios. El sentido de interconexión nos llevará a concretar la sinodalidad en una escucha atenta y real de todas las voces, las voces de todas las culturas y generaciones con su diversidad de tonos y timbres; acogemos y escucharemos con reverencia, respeto y actitud discipular todos los saberes, los sabores y las experiencias de los sujetos en la Iglesia y en la sociedad.

La interdependencia es sentirnos parte de una red, de la cadena de la vida, en la que nos damos cuenta que nuestra existencia diaria depende de muchas otras personas que han hecho y hacen hoy posible que yo exista. Curiosamente, sucede que es cuando atravesamos situaciones difíciles o de vulnerabilidad cuando tomamos mayor conciencia de que somos seres interdependientes, es decir, que existimos con y gracias a otras personas y criaturas de la tierra, que las personas nos necesitamos unas a otras y que solo podemos crecer en una relación de apoyo y cuidado recíproco.

Para llegar a ser sinodales, necesitamos abrazar la espiritualidad de la interdependencia como "la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal" (Laudato si', No. 220).

Vivir con conciencia de interdependencia es darnos cuenta de que, como afirma la sabiduría africana del Ubuntu, "yo soy porque nosotros somos". Esa conciencia de interdependencia y de interconexión sería uno de los mejores antídotos para contrarrestar la cultura de la selfie, la autosuficiencia y la autorreferencialidad, como actitudes que corroen la sinodalidad.

4 . Ser-con y ser-para los demás: fortalecer lo comunitario



La recuperación de lo comunitario constituye el sustrato del proceso sinodal, pues lo que realmente está en juego es nuestra capacidad de ser-con-los-demás y ser-para-los-demás. La sinodalidad apunta al cultivo de una convivencialidad abierta, al fortalecimiento de la comunidad, a vivir desde un espíritu de caminar juntos y juntas, practicando el cuidado mutuo desde una mística de alianza. Pero sentirnos comunidad y construir comunidad es, al mismo tiempo, nuestro gran anhelo y nuestro gran problema; es lo que buscamos apasionadamente y, a la vez, es de lo que huimos sigilosamente.

Es indudable que hoy vivimos una paradoja respecto a lo comunitario, pues, por un lado, estos son los tiempos más complicados



para lo comunitario, pues el individualismo se exalta como uno de los valores de la cultura hegemónica. A la sociedad del consumo le conviene y le resulta rentable esa exaltación del individualismo. De hecho, el individualismo y el consumismo son dos referentes de la sociedad actual que se retroalimentan y son interdependientes.

Pero por otro, este es un tiempo propicio para apelar a lo comunitario, a lo sinodal, pues nunca antes en la historia de la humanidad habíamos sentido tanta sed de vínculos, de comunidad, de pertenencia. Ser comunidad y andar en comunidad es el anhelo profundo que Dios ha sembrado en nuestro corazón. Tenemos instalada esa app, ese chip en nuestro interior. Por eso peregrinamos buscando vínculos, redes y espacios a los que pertenecer y donde nos sintamos en casa. Estamos hechos para la comunión, para ser-con-los-demás.

Hay un aspecto del pensamiento jungiano que engancha muy bien con la espiritualidad sinodal: es la teoría de los arquetipos, porque ahí se pone el énfasis, no en la historia personal, sino en la historia colectiva de humanidad; no en lo que nos diferencia a unos de otros/as, sino en qué es aquello que tenemos en común y que trasciende la cultura, la nacionalidad, el grupo étnico, la edad, el estado de vida, etc. Ese acento en lo colectivo, en lo que nos aúna, constituye un elemento enriquecedor para una visión sinodal que está llamada a traspasar cualquier tipo de barrera que nos pueda aislar o separar.

Pero, desde la perspectiva de nuestra fe, es sobre todo desde el núcleo del Evangelio que somos urgidos a ser personas comunitarias, sinodales. La fe cristiana se vive en comunidad o deja de ser fe cristiana. El ser personas comunitarias y tejedoras de comunidad constituye para todo cristiano y cristiana un imperativo evangélico. De modo que, en la construcción y el saneamiento de las relaciones en el seno de la comunidad eclesial, lo que está en juego es nuestra fidelidad al Evangelio de Jesús.

5 . Pasar del sujeto-individual al sujeto-comunidad



La práctica de la sinodalidad presupone un fortalecimiento del sujeto comunitario por encima del sujeto individual. Enfatizar lo comunitario, lo colectivo, la inclusión, constituye hoy una forma de resistencia y un verdadero ejercicio profético en medio de un orden mundial que, de distintas maneras, nos va inoculando la idea de que la felicidad está ligada a la realización personal y a la búsqueda del interés individual por encima del bien común.

La espiritualidad sinodal implica una conversión, un giro para pasar del sujeto-individual al sujeto-comunitario. Cuando nos regimos por la lógica del sujeto-individual, todo se centra en el

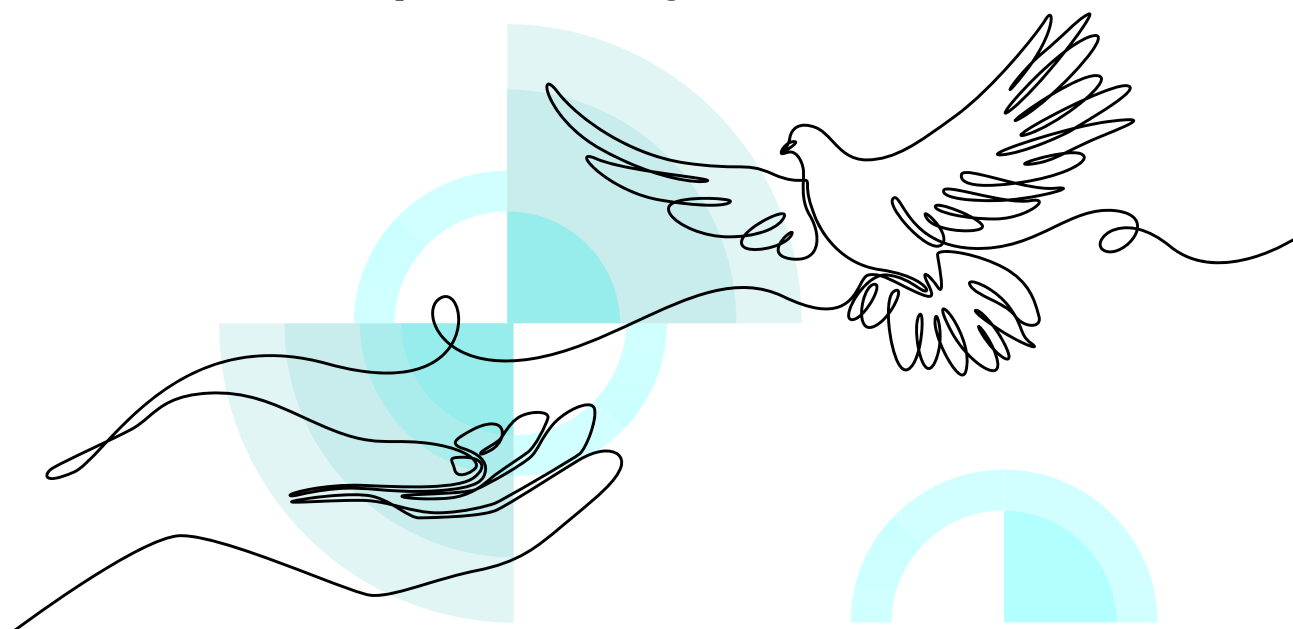


"yo" y en "lo mío", en una sola persona que piensa, mueve, coordina y decide todo. Es una visión piramidal donde se necesita que en el pináculo esté un líder o un jefe que tiende a eternizarse o a bloquear el surgimiento de otros liderazgos, porque la cima es un espacio pequeño y estrecho en el que solo cabe una persona o unas pocas.

En el sujeto-comunidad el énfasis se pone en el "nosotros" y "lo nuestro"; los verbos se conjugan en primera persona del plural, pero no desde una visión tribal o de gueto que defiende al propio grupo y a quienes son de los nuestros, sino que se trata de un "nosotros" amplio e incluyente. Entonces se escucha a todos y todas, se busca con otros y otras, decidimos en común y asumimos lo acordado con un espíritu de interdependencia y responsabilidad. Se trata de una visión circular, donde se da una relación de iguales y donde el liderazgo es un liderazgo compartido que, además, genera nuevos liderazgos y favorece la recirculación del servicio de autoridad. A diferencia de la estructura piramidal donde cabe poca gente, en esta visión circular, cabe mucha gente, siempre hay posibilidad de abrir espacio para otros más. La alternativa no es una "o" que excluye o se autoexcluye, sino una "y" que vincula e incluye. Entonces la cuestión no es "o tú o yo", sino "y tú y yo", "y ustedes y nosotros/as y ellos/as".

Esa espiritualidad de la inclusión es la que puede enriquecer y sostener el futuro de la Iglesia, porque lleva a buscar "que todos se levanten, que nadie se quede atrás", como reza la sabiduría de los pueblos indígenas mayas. En un mundo de exclusiones y divisiones, la espiritualidad sinodal nos lanza a buscar un mundo y una Iglesia donde todas y todos quepamos, donde quepan otras visiones, otras formas de ver la vida y de hacer las cosas; es ir haciendo realidad que nuestra Iglesia y nuestro mundo sean "un mundo donde quepan otros mundos", como dicen los pueblos originarios de Chiapas.

6 . Una espiritualidad sinodal de andar por casa y sentirnos en casa



Si bien la sinodalidad es una temática eclesial, ella ha de tocar todas las dimensiones y todos los espacios en que transcurre nuestra vida. Por eso, necesitamos cotidianizar la sinodalidad, es decir, convertirla en algo para andar por casa, pues el primer espacio en el que se verifica la espiritualidad sinodal es en nuestra casa, en el espacio doméstico de la familia, la comunidad, el vecindario. Es ahí, en lo pequeño, donde tenemos que preguntarnos cómo andamos de sinodalidad: ¿a quiénes incluimos y a quiénes excluimos en lo que constituye el día a día de nuestra vida y en las cosas elementales como lo son el compartir la comida, la casa, la conversación, la fiesta? Una espiritualidad de la inclusión se expresa en pequeñas situaciones concretas de nuestra vida.

El test para probar si una persona o un grupo están incluidos en una familia o en una comunidad es que se sienten en casa, es decir, se sienten cómodos y libres para ser como son y para expresar lo que piensan, sienten y creen, sin ser señaladas, condenadas o marginadas por eso.

7 Una espiritualidad sinodal de alcance cósmico



Aunque la sinodalidad la abordamos desde un marco eclesial, la sinodalidad es una perspectiva que ha de ser ampliada más allá de lo eclesial e incluso de los humanos. Su apuesta incluyente alcanza a todos los seres vivos y nos urge al cuidado no solo de la comunidad humana, sino de toda la comunidad de la vida. La espiritualidad sinodal nos ha de llevar a cambiar no solo nuestra forma de estar en la Iglesia, sino también nuestra forma de estar en el mundo. En un sentido más amplio, y desde la llamada del papa Francisco en *Laudato si'* a una conversión ecológica, podemos también entender la espiritualidad sinodal como una nueva manera de habitar la casa común.



Es necesario que la sinodalidad como participación, comunión y relacionalidad horizontal en las relaciones comunitarias, sociales, políticas y eclesiales, sea ampliada a los niveles de la comunidad de la vida, es decir, de todos los seres que habitamos el planeta. Por eso tenemos que plantearnos el desafío de vivir una sinodalidad cósmica, una espiritualidad del parentesco (San Francisco de Asís) y de la simbiosis con toda la creación, desde una conciencia de que pertenecemos a un cuerpo más grande (el cosmos) y desde el reconocimiento humilde de que el ser humano no ha tejido la trama de la vida, sino que es simplemente uno de sus hilos, como afirmaba el viejo jefe indio de Seattle.

La sinodalidad cósmica implica la escucha no solo al interno de nuestra comunidad eclesial, sino que se extiende a la escucha atenta a todas las criaturas que habitan la casa común, porque cada una de ellas tiene una palabra que decirnos, una lección que enseñarnos. No podemos llegar a ser personas sabias, espirituales y sinodales si no somos capaces de escuchar a la naturaleza y de sentarnos a sus pies como discípulas y discípulos, como aprendices.

Se trata de propiciar una relación interactiva ser humano-naturaleza, en la que ambos se incluyan, se respeten y se cuiden. El futuro del planeta dependerá de esa relación incluyente y de reciprocidad e interdependencia. La sinodalidad cósmica es una invitación a potenciar una ecoespiritualidad que expanda nuestra conciencia y nos lleve a redefinir nuestra relación con la naturaleza para crear "un paradigma de convivencia tierra-humanidad" y para contribuir a que la vida siga fluyendo.

Visite <https://sinodo.celam.org/>

